

vaya allá me voy á convertir al judaísmo.»
«¡Jesús!...» «¿Que yo tengo novio? ¿De dónde ha sacado eso?...» «Lo apuntaré para que no se me olvide...» «No, si á mí no me gustan los pollos...»

—Si ésta fuera más lista—dijo la señora de Santa Cruz á su nuera,—creo que le cazaba.

Pero Jacinta era muy incrédula en este particular, y miraba tristemente á la pareja cuando pasaba. Al retirarse, Moreno pudo hablarle un instante sin testigos.

—Se hará lo que usted desea... Se ha de cumplir todo el programa... todo, hasta en lo que se refiere al *nene*. Tendrá usted su *Morenito*.

Jacinta observó en su mirada una expresión tan tétrica, que no pudo menos de decirse: «Está ya completamente trastornado.»

Moreno salió con paso inseguro... La cabeza se le desvanecía, y al bajar la escalera tuvo que agarrarse al barandal para no caerse... «Cuando digo que me he vuelto tonto, pero tonto de remate... Ya no sé pensar. No sé adónde diablos se me ha ido la razón... Esta mujer me ha embrujado... Nada, enteramente imbécil.»

III

En la soledad de su alcoba encontróse mi hombre más dueño de sí mismo, habiendo venido aquella turbación inexplicable con que sa-

liera de la casa de Santa Cruz. Despidió á su criado después de quitarse la ropa, y envuelto en su bata se tendió en el sofá. En aquellas tristes horas engañaba el insomnio paseándose á ratos por la habitación, á ratos echado y descabezando un ligero intranquilo sueño. Acudían entonces á su memoria las acciones é imágenes de aquel día ó de los anteriores, á veces las de fechas muy remotas y que no tenían relación alguna con su situación presente. Aquella noche, cosa rara, apenas salió el ayuda de cámara, Moreno se quedó profundamente dormido en el sofá, sin soñar nada; pero despertó á la media hora, no pudiendo apreciar el tiempo que su letargo durara. Al despertar huyó de tal modo el sueño de su cerebro y hallábase tan inquieto, que ni siquiera admitía como probable la idea de dormir. A la manera que el jugador saca las piezas del ajedrez y las va poniendo sobre el tablero de casillas blancas y negras, así fué sacando sus ideas. Tenía por pareja á sí mismo en aquel juego... «Adelante un peón.»

«¡Te has lucido! ¡Campaña como esta!... ¿Cuánto tiempo hace que estás en España? A poco más, año completo. ¿Y para qué? Para nada. ¡Pobre hombre! Lo que me pareció fácil, resulta no ya difícil, sino imposible... Para más contrariedad, delante de esa bendita y maldita mujer, me convierto en el más insípido de los colegiales. ¿Por qué es esto? Y dime otra cosa, idio-

ta: ¿qué tiene esa mona para que de este modo te hayas embrutecido por ella? Otras son más guapas, otras tienen más ingenio, otras hay más elegantes; y sin embargo, es el número uno, el número único. ¡De gustarme pasa á enloquecerme, y noto en mí lo que no había notado nunca: una alegría, una tristeza... ganas de llorar, de reír y aun de hacer el tonto delante de ella! Nada, que á los cuarenta y ocho años me sale el sarampión y la edad del pavo. Tampoco me había pasado nunca lo que me pasa ahora: cortarme, sentir que quiero ser atrevido y no puedo. Le voy á decir una galantería intencionada, y me sale una simpleza. Me infunde un respeto que jamás conocí. La sigo á Biarritz, la acompaño á París, y cuanto más la trato, más atado me veo por este maldecido respeto... Me cortaría yo este respeto como se corta una mano gangrenada. ¿A qué viene tal respeto? ¿Qué quiere decir esto? Sea lo que quiera, de esa mujer digo yo lo que hasta ahora no he dicho de ninguna: y es que, si fuera soltera, me casaría con ella...»

Se agitó tanto, que tuvo que levantarse y ponerse á pasear. «Vaya que este mundo es una cosa divertida. Yo desgraciado, ella desgraciada, porque su marido es un ciego y desconoce la joya que posee. De estas dos desgracias podríamos hacer una felicidad, si el mundo no fuera lo que es: esclavitud de esclavitudes y todo

esclavitud... Me parece que la estoy viendo cuando le dije aquello... ¡Qué risita, qué serenidad y qué contestación tan admirable! Me dejó pegado á la pared. Tan pegado estoy, que no he vuelto por otra; y cuando preparo algo para decirselo, ¡anda valiente!... le digo todo lo contrario. Que se vuelva uno tan estúpido, es cosa que no me cabía en la cabeza. ¡Ay, Dios! Si me muero, y el pensamiento vive más allá de la muerte, estaré viendo toda la eternidad esta carita graciosa, con su expresión celestial; estos ojos serenos y risueños, esta cabellera oscura, con ráfagas blancas que le hacen tanta gracia... esta boca, que no habla sin que me duela el alma. ¡Pobre ángel! Su única pasión es la maternidad, sed no satisfecha, desconsuelo inmenso. Su pasión se me comunica y me abrasa; yo también quiero tener un hijo, yo también. ¡Si me parece que le estoy viendo! ¡Si está aquí, en los linderos de la vida, mirándome, diciéndome que le traiga, y no falta más que... traerlo! Vendría si ella quisiera. Tengo la seguridad de que vendría; es una idea que se me ha clavado aquí. Y yo le digo: «Por un niño, bien se podría dar la virtud...» ¡Ah, no tener valor para decirle esto!... ¿Pero cómo? ¡Si no hay palabra que se presste á decirlo!...»

La palpitación que sentía era tan fuerte, que tuvo que sentarse. Se ahogaba. En la región cardíaca, ó cerca de ella, más al centro, sentía

el golpe de la sangre, con duro y contundente compás. Era como si un herrero martillase junto al mismo corazón remachando á fuego una pieza nueva que se acababa de echar.

«Esto es horrible. Si rompe, que rompa de una vez... ¡Ay de mí!... Si me quisiera, el corazón se me curaría; como que no es enfermedad lo que tiene, sino impaciencia... hormiguilla... ¿Qué habré hecho yo para ser tan desgraciado? Ahora caigo en la cuenta de que no me he divertido nunca. Todas mis aventuras han sido el deseo corriendo detrás del fastidio. ¡Y cree la gente que yo he sido un hombre feliz, que yo estoy enfermo de congestión de goces! ¡Estúpidos!»

Sin saber cómo ni por qué, ciertas impresiones de aquel día se reprodujeron en su mente. Entre ellas, la menos fugaz fué ésta: Por la mañana, entrando en el Retiro, se le puso delante uno de esos pobres asquerosos que suelen pedir en los extremos de la población, y que á veces se corren hasta el centro. Era un hombre cubierto de andrajos, y que andaba con un pie y una muleta; la otra pierna era un miembro repugnante, el muslo hinchado y cubierto de costras, el pie colgando, seco, informe y sanguinolento. Mostraba aquello para excitar la compasión. Era la pierna para él su modo de vivir, su finca, su oficio, lo que para los mendigos músicos es la guitarra ó el violín. Tales espectáculos

indignaban á Moreno, que al verse acosado por estos industriales de la miseria humana, trinaba de ira. Pues cuando se volvía para no verle, el maldito, haciendo un quiebro con su ágil muleta, se le ponía otra vez delante, mostrándole la pierna. Al aburrido caballero se le quitaban las ganas de dar limosna, y por fin la dió para librarse de persecución tan terrorífica. Alejóse del pordiosero, renegando. «¡Ni esto es país, ni esto es capital, ni aquí hay civilización... ¡Qué ganas tengo de pasar el Pirineo!»

Pues bien, aquella noche se le representó el pobre paralítico con tanta viveza, que casi casi creía verle en su alcoba. Hubo un instante en que la alucinación de Moreno llegó á ser tan efectiva, que se incorporó, y cogiendo un libro que en la próxima silla estaba... «Mira, si no te marchas con tu pierna podrida...» Después cayó otra vez su cabeza en el sofá y se puso la mano sobre los ojos. «El infeliz se ha de buscar la vida de alguna manera. No tiene él la culpa de que no haya en esta tierra maldita establecimientos de beneficencia. Si le veo mañana le doy un duro... Vaya si se le doy... ¡Qué envidia le va á tener mi tía Guillermina! Volvémonos ahora para la pared, á ver si duermo un poco. Así; cerraré los ojos. No; mejor será que los abra, y que me figure que quiero despabilarme. Lo que se desea no se tiene nunca. Ea, figuremonos que hago esfuerzos para no dormirme. ¿Y para

qué quiero yo dormir? Mejor es estar así, pensando uno en sus cosas. Estas rayas del papel, azules y verdes, se quiebran á distancia de veinticinco centímetros; no, de veinte. La flor gris alterna con la flor azul. Bonito dibujo. ¡Cómo se le quedaría la cabeza al que lo inventó!... Y aquí hay una pequeña mancha... Creo que si me pusiera á mirar la luz, me dormiría más pronto. Vuelta otra vez.»

Miró la luz puesta sobre la mesa central, grande, redonda y cubierta con rico tapete. La lámpara era de aceite, compuesta de dos candilones de bronce unidos por un vástago. Ambas luces tenían pantallas verdes, con añadidura de raso del mismo color, al modo de faldones que caían por una sola parte de las dos circunferencias. La claridad se esparcía por la mesa, y el resto de la habitación estaba en penumbra, manchada con verdosa pátina de tapiz viejo. Sobre la mesa había unos guantes, varios libros, dos retratos en bonitos marcos, uno de ellos del gordo Arnáiz, un papelera, juego de te de finísima porcelana, una cajita de marfil y otros objetos muy lindos. «Aquel guante—dijo Moreno—que monta sobre la papelera, parece exactamente un lebrél que corre tras la caza... ¡Qué silencio tan solemne hay ahora! El chorrrear de la fuente de Pontejos es lo que se siente siempre, y alguno que otro coche que pasa por la Puerta del Sol... Son los trasnochadores

que se retiran. Así iba yo en mi *cab* al salir del club de Picadilly... sólo que mi *cab* corría como una exhalación, y estos carruajes andan poco y parece que se deshacen sobre los adoquines. ¡Y cómo se me refrescan las memorias!... Parece que estoy mirando á aquella prójima que se me apareció una noche en Haymarket, al salir de aquel bar... ¡No me ha ocurrido otra!... ¡Y cómo se parecía á esta tonta de Aurora Fenelón! Todo pasó, todo va cayendo atrás y revolviéndose en la estela que deja el barco...»

De repente dió un salto, y levantándose se puso á dar paseos.

«Mañana mismo me voy—dijo—sí, me voy para siempre. ¡Morirme yo aquí para que me lleven en esos carros tan cursis! No; gracias á Dios que tomo una resolución; y lo que es ésta viene fuertecilla. Me ha entrado de repente y con un empuje... No veo la hora de que amanezca para mandarle á Tom que haga el equipaje. Mañana haré mis compras. No puede uno ir de España sin llevar los regalitos de abanicos y panderetas... ¡Ay, qué feliz me siento con esta idea que me ha dado! ¡Irme!... ¡Si esto debiste resolverlo hace tiempo! ¿Para qué estás aquí, para consumirte más? Vamos, no dirá ella que no la obedezco; sus deseos son órdenes. Me ha dicho: «Amigo mio, vetex», y me voy. ¿Me quedará cuando me vaya? ¿Pensará en mí?... Bien podría ser... ¡Si se convenciera de que el amor

que tiene á su marido es como echar rosas á un burro para que se las coma; si se convenciera de esto!... Pero vaya usted á esperar que se convenza. No puede ser. Quiere locamente á ese mico, y se morirá queriéndole. A mi se me figura que le desprecia y le ama: hay estos dualismos en el corazón humano. Pero yo digo: ¿no pasará por su mente alguna vez la idea de quererme á mi? Me contentaría con esto, con que la idea hubiera pasado una vez; vamos, dos veces. Bien puede haber dicho: «¡qué bueno es este Moreno! Si yo fuera su mujer no me daría disgustos, y habríamos tenido un chiquillo, dos ó más». Quién sabe... ¿Habría dicho esto alguna vez? No sé por qué me figuro que si lo ha dicho. Qué sé yo... dentro de mí anida este convencimiento como un germen de esperanza, como una semilla que está dentro de la tierra y que no ha brotado, pero que vive... Si me constara que ella se ha dicho esto, yo, al verla tan religiosa, me volvería el hombre más católico del mundo... Por agradarle, ¡cuántas funciones y misas había de costear yo! Y no haría esto con hipocresía, porque amándola vendría la fe, la fe, sí, que se ha ido yo no sé adónde... Creo que ya amanece. No tengo sueño, ni lo tendré más. Mañana me voy, y me iría esta tarde si tuviera tiempo de arreglar el viaje... Y otra cosa. ¿Iré á despedirme de ella? No sé qué determinar. Si la veo no me voy. ¿Pues por qué no? Me

iré. Ella me ha dicho que me vaya, desea que me vaya. De lejos la querré lo mismo que de cerca, y ella me querrá tal vez. Seré para ella como un sueño, y los sueños suelen herir el corazón más que la realidad.»

Volvió á echarse, y se entretuvo contemplando con errante mirada las paredes de la habitación. Había allí un San José, cuadro grande, de familia, que como pintura valía poco, pero Moreno lo tenía en gran estima, porque estuvo muchos años en la alcoba donde él nació. Se asociaba á las impresiones de su niñez aquel santo tan guapote, reclinado sobre nubes, con su vara, su niño, y aquella capa amarilla cuyos pliegues hacían competencia al celaje. Se le refrescó de tal modo al buen caballero en aquel momento la memoria de su padre, que parecía que le estaba viendo y oyéndole el metal de voz. A su madre no la había conocido, porque murió siendo él muy niño. También se acordó de cuando su hermana y él (aquella misma hermana viuda que allí vivía) iban á la casa del abuelito, en la Concepción Jerónima, cogidos de la mano. Y una tarde, al revolver la calle Imperial, se perdieron, es decir, se perdió ella, y él por poco se muere del susto. Pues un día que iba por la Plaza de Provincia, vió el burro de un aguador, suelto: el dueño estaba en la taberna próxima. Entráronle ganas á Manolito de montarse en el pollino, y como lo pensó lo

hizo. Pero el condenado animal, en cuanto sintió el jinete, salió escapado, y aunque el chico hacia esfuerzos por detenerlo, no podía... Total, que llegó hasta la calle de Segovia, muy cerca del puente. Y no fué que el burro se parara, sino que el jinete se cayó, abriéndose la cabeza. Todavía tenía la señal. Por suerte, los hermanos García, boteros, que tenían su taller de corambres debajo del Sacramento, y le vieron caer, le conocían, y recogién-dole, le llevaron á casa de su abuelito. ¡La que se armó allí! Acordábase D. Manuel de aquel lance como si hubiera ocurrido el día anterior; veía á su abuelito, D. Antonio Moreno, que todavía usaba chorreras, corbatin de suela y casaca á todas las horas del día. Hasta en el almacén (droguería al por mayor) estaba de frac. Pues luego vino el papá, y estuvo dudando si pegarle ó no... Lo peor de todo fué que al asno no se le vió más el pelo, y la familia tuvo que pagar por él una fuerte indemnización. «Si parece que fué ayer», decía Moreno, tocándose la frente en el sitio donde estaba la cicatriz.

Cuando ya clareaba el día, sintió ruido en la casa; mas al punto comprendió lo que era. «Ya está en pie la *rata eclesiástica*. Ahora se va á oír siete misas lo menos... y á tratar de tú á la Santísima Trinidad. ¡Pobrecilla, qué sacará de esol... Pero en fin, saque ó no saque, es una felicidad ser así...»

IV

Guillermina dió dos golpecitos en la puerta, y abriéndola un poco asomó por ella su cara sonrosada y sus ojos vivos. «Hijo, al ver luz en tu alcoba, dije: ese pobrecillo estará en vela todavía. Veo que acerté. ¿Qué es eso? ¿Has pasado otra mala noche?»

—Ya lo ves. Pasa. No he dormido nada. ¿Y tú?

—¿Yo? del lado que me acuesto, amanezco. No duermo más que cuatro horas; pero van de un tirón. ¿No ves que llego á casa rendida? Y lo que tengo que cavilar lo cavilo por el día.

—¡Qué felicidad! ¿Te vas ahora á misa?

—Sí, para lo que gustes mandar—replicó la santa, y su semblante recién lavado despedía tanta frescura como regocijo.

—¡Y tan tranquila!... Porque tú estás muy tranquila... con tus misas por la mañana y el resto del día dando cada sablazo que tiembla el misterio. ¿Sabes una cosa? Te tengo envidia... me cambiaría por ti...

—Pues tonto (avanzando hacia él), lo que yo hago es lo fácil, ¿qué más tienes que... hacerlo?

—Siéntate un ratito—dijo Moreno, haciéndolo en el sofá y dando una palmada en el asiento.—Más santidad que en oír siete misas hay en practicar las obras de misericordia, acompa-

ñando á los enfermos y dando un ratito de conversación á quien se ha pasado toda la noche en vela. Dime una cosa: ¿Cómo llevas las obras de tu asilo?

—¿Pues no lo sabes? (sentándose). Bien. Gracias á las almas caritativas, la construcción va echando chispas. Jacinta lo ha tomado con tanto calor, que hoy trabaja más que yo, y maneja el sable con un garbo que me deja tamañita.

—Tienes unas amigas que valen cualquier cosa. Esta noche he pensado en ti y en tus devociones. Te asombrarás si te digo que desde la madrugada se me ha metido aquí un sentimiento desconocido, algo como ganas de hacerme religioso, de pensar en Dios, de dedicarme á obras de piedad...

—¡Manolo!... (poniéndose muy seria). Si empiezas con tus bromitas, me voy.

—No, no es broma—replicó él; y tenía en su cara tal expresión de abatimiento, que la santa se quedó como lela mirándole...

—¿Pero estás de chanza ó...? Manolo ¿en qué piensas?... ¿Qué te pasa?

—Hay horas en la vida que parecen siglos por las mudanzas que traen. Hace un rato, verás, ¡qué cosa tan extraña! Me acordé de un pobre que me pidió limosna esta mañana... Era un infeliz que tiene una pierna deforme y repugnante, llena de úlceras... Me pidió limosna y le

arrojé una moneda de cobre, diciéndole con horror: «Quite usted de delante de mí, so pillete.» Pues esta noche he tenido aquí la visita de aquel hombre... Le he visto como te estoy viendo á ti; y primero me inspiraba repugnancia, después compasión, y acabé por decirle: «¿Quieres cambiarte conmigo?» Porque con su pierna podrida, su muleta y su libertad, disfruta él de una tranquilidad que yo no tengo. Su conciencia está como un charco empozado en el cual no cae jamás la piedra más pequeña. ¡Pobre de mí! Cambiaría con él; cambiaría mi riqueza por su mendicidad, mi corazón enfermo por su pierna inerte y mi desasosiego por su paz. ¿Qué crees tú?

—Creo que Dios te toca en el corazón—dijo la dama guiñando los ojos y poniendo sobre la cabeza del triste caballero su mano derecha, en la cual tenía el libro de misa y el rosario.—No tienes tú cara de bromas. Alguna procesión muy grande te anda por dentro. Y si otras veces te da la vena por decirme herejías y hacerme rabiar, no creas que te he tenido por malo. Eres un bendito; y si vivieras siempre con nosotras y no te pasaras la vida entre protestantes y ateos, tú serías otro.

—¿Pero no sabes que me voy mañana?

—¿Te vas? ¿de veras? (con vivo desconsuelo). Mal negocio. Buscando siempre la frialdad; huyendo siempre del calor de la familia.

—No, si aquí es donde no me quieren—manifestó Moreno con aire sombrío.

—¿Que no te queremos? Vaya con lo que sales... Tontin, no digas disparates.

—Mi vida está completamente truncada y rota. No hay manera de soldarla ya... Cree que si me quisieran yo me quedaría aquí; yo sería bueno, y por darte gusto á ti y á tus amigas me haría muy religioso, muy amigo de Dios y de la Virgen; emplearía todo mi dinero en obras de caridad; protegería la devoción...

El asombro de la santa era tan grande, que no lo podía expresar. Abría la boca, maravillada, cual si presenciara un milagro.

—¿Pero de veras que tú...? Mira, hijo: si quieres que yo crea en ese estado de tu espíritu, es preciso que me lo pruebes...

—¿Cómo he de probártelo?

—Vamos á ver—dijo la virgen y fundadora con resolución.—¿Á que no haces una cosa?

—¿Á que sí la hago?

—¿Á que no te vienes conmigo á San Ginés?

—Á que sí.

Levantóse para tirar de la campanilla.

—Necesito verlo para creerlo—dijo Guillermina, echando de sus ojos chispazos de alegría.

—Deja, yo llamaré á Tomás. El pobre chico no se habrá levantado todavía.

—Creo que sí... ¡Tom!...

—Yo te haré el te... Vamos, vete vistiendo.

Aquella salida matinal le agradaba, porque rompía las tediosas rutinas de su existencia.

—Vaya que si voy yo á la iglesia... (disponiéndose con actividad febril). Y oiré todas las misas que quieras, y rezaré contigo... Dime, ¿no va Jacinta á esta hora á San Ginés?

—Hombre, tan temprano no. Un poco más tarde que yo, suele ir Bárbara.

—Pues me alegro de que seamos nosotros los primeros, los más madrugadores, los más impacientes por cumplir y santificarnos... ¡Tom!

El inglés entró, y á poco, cuando ya su amo estaba vestido, le trajo el te. Guillermina, sirviéndole el desayuno, le decía: «Abrigate bien, que las mañanas están frescas. No sea cosa que por empezar tu vida nueva vayas á coger una pulmonía.»

—Mejor... Me he convencido de que vivir es la mayor de las sandeces—le dijo él bajando la escalera.—¿Para qué vive uno? Para padecer. El pobre de la pierna es el que lo pasa regularmente. Porque aquello no duele. Lleva su pierna por delante como si fuera una cosa bonita que el público desea conocer.

—Hay mucha miseria—observó la dama tomando el tema por otro lado,—y los que tenemos que comer nos quejamos de vicio. Mientras más padezcamos aquí, más gozaremos allá.

(El misántropo no dijo nada á esto. Seguía tan pensativo.)

—El mendigo de la pierna se irá al cielo derecho, con su muleta, y muchos de los ricos que andan por ahí en carretela, irán tan muellemente en ella á pasearse por los infiernos. Yo le pido á Dios que me dé la más asquerosa de las enfermedades, y... no me quiere hacer caso; siempre tan sana. Paciencia; Él nos da siempre lo que nos conviene.

Tampoco á esto dijo nada Moreno. Entraron en San Ginés, y Guillermina se fué derecha á la capilla de la Soledad, á punto que empezaba la primera misa. Mientras ésta duró, la ilustre dama, aunque no apartaba su atención del Oficio, pudo advertir que su sobrino estaba tras ella, cumpliendo con todo el ritual como cualquier devoto, arrodillándose y levantándose en las ocasiones convenientes. Pero á la segunda misa observó distraído é inquieto. Iba de un lado para otro, examinaba los altares y las imágenes como si estuviera en un museo. Esto le disgustó, y tal fué su incomodidad, que no se atrevió á comulgar aquel día, porque no se encontraba con el espíritu absolutamente sereno y limpio. Ya en la cuarta misa, el caballero aquel, no sólo se distraía, sino que perturbaba la devoción de los fieles, pasando delante de los altares donde se decía misa sin hacer la más ligera genuflexión ni reverencia. «Tendré que decirle que se vaya—pensaba la santa.—Esa no es manera de estar en la iglesia.»

Hallábase Moreno contemplando una imagen yacente encerrada en lujosa urna de cristal, cuando sintió á su lado este susurro:

—Bonita efigie, ¿verdad? Es el Cristo que sacamos en la procesión del Santo Entierro.

Volvióse y vió á su lado á Estupiñá, calado hasta las orejas el gorro negro de punto, señalando la imagen con gesto de cicerone.

—La mortaja, de fina holanda, la bordaron las señoras Micaelas, y es regalo de doña Bárbara. Escultura soberbia... y es de movimiento, porque le clavamos en la cruz ó le *descendemos* según conviene.

Y como el caballero no le dijese nada, Placido se alejó rezando entre dientes. Sentóse en un banco, y desde entonces, sin dejar de atender á sus devociones, no le quitaba ojo al señor de Moreno, sin poder explicarse su presencia en la parroquia. «Es lo que me quedaba que ver—decía,—D. Manolo aquí... él, que no tiene religión! Es que gusta de ver las buenas imágenes... Por ahí empecé yo.»

Menudo respice le echó la fundadora á su sobrino cuando salieron. «Pero, hijo: me has quitado la devoción con tus paseos por la iglesia. Ya decía yo que te habías de cansar.»

—Pues tía, para primer día de curso, no puedes quejarte. Todo es empezar. Ya ves que oí una misita. ¿Qué querías? ¿Que fuera como tú? Te aseguro que me satisfizo el ensayo. Pasé un

rato muy agradable, en un estado de tranquilidad que me ha hecho mucho bien. ¿Te quejas de que me paseaba por la iglesia?... Es que cuando uno va á hacer vida nueva, le gusta enterarse... Quería yo mirar bien las imágenes. Créelo: si siguiera en Madrid, me haría amigo de todas ellas. Me gusta verlas tan hermosas, con sus ropas de lujo y sus miradas fijas en un punto. Parece que están viendo venir algo que no acaba de venir. Las que nos miran parece que nos dicen algo cuando las miramos, y que efectivamente nos han de consolar si les pedimos algo. Comprendo el misticismo; lo veo claro... ¡Ay!, si yo me quedara aquí...

—¿Por qué no te quedas?... ¡Qué tonto!—le dijo la santa con desconsuelo.

—¡Imposible!... Me tengo que marchar... Y allá voy á estar muy triste; como si lo viera...

—Entonces... quédate. ¿Quieres que te dé una ocupación? Buena falta te hace. Te nombro sobrestante de mis obras, administrador de mis colectas y sacristán mayor de mi capilla nueva, cuando esté concluida.

Moreno se echó á reir con gana.

—¡Monaguillo mayor!... Lo aceptaría... Te juro que lo aceptaría... Me estoy volviendo enteramente infantil. ¡Monaguillo en jefe! ¡Y yo encendería las velas, yo quitaría el polvo á las imágenes y las pondría tan guapas, yo charlaría con las beatas!... No lo creerás, pero dentro de mi

está naciendo algo que se compagina muy bien con ese oficio humilde.

—Si eres tú un buenazo. La ociosidad, lo mucho que te has divertido y el *esprit* inglés te ponen así. Y yo te juro que te aburrirás más si no vuelves á Dios tus miradas. Haz lo que yo, Manolo: dale un puntapié al mundo; hazte chiquito para ser grande; bájate para subir. Tú ya no eres pollo; tú no te has de casar ya. Ni te conviene el andar siempre de viaje como una carta con el sobré mal puesto que recorre todas las estafetas del mundo. Mujeres, ¿para qué sirven sino para perdición? Ten un cuarto de hora de arrojito, y ofrécele á Dios lo que te queda de vida. No es esto decir que te metas fraile: hay mil maneras de ganarse la dicha eterna. Oye lo que se me ocurre: ¿Por qué no dedicas tu dinero, tu actividad y todo tu espíritu á una obra grande y santa, no á una obra pasajera, sino á esas que quedan para bien de la humanidad y gloria de Dios? Levanta de nueva planta un buen edificio, un asilo para éste ó el otro fin, por ejemplo, un gran manicomio en que se recoja y cuide á los pobrecitos que han perdido la razón...

—Tú tienes la manía de los edificios, y quieres pegármela á mí...

—Es lo primero que se me ha ocurrido. ¿Te parece mala idea? Un manicomio modelo, como los que habrás visto en el extranjero. Aquí es-

tamos en eso muy atrasados. Harías una inmensa obra de caridad, y Madrid y España te bendecirían.

—¡Un manicomio!—dijo Moreno, sonriendo de un modo que le heló la sangre á su generosa tía.—Sí, no me parece mal. Y lo estrenaríamos tú y yo...

V

Despidióse Guillermina en la puerta de la casa para ir al asilo, y él subió. ¡Cosa más rara! Apenas se causaba al acometer la escalera. Sentíase muy bien aquella mañana: el espíritu confortado, la palpitación muy adormecida, el apetito despierto. Al entrar en su casa pidió más te, y mientras Tom se lo servía, le dijo en español:

—Mañana nos vamos. Haz el equipaje. Avisarás á Estupiñá... Que me haga el favor de venir, para que me traiga de las tiendas algunas cosillas. No puede uno ir de España á Inglaterra sin llevar á los amigos alguna chuchería que tenga color-local.

Luego siguió hablando consigo mismo: «Es un mareo. Si no lleva usted panderetas con figuras de toros, chulós ú otras porquerías así, se lo comen vivo. Veremos si encuentro algunas acuarelas. También necesito mantas, moñas de toros, y trataré de encontrar algún cacharro de

carácter. No hay peor calamidad que ser amigo de coleccionistas.» Estupiñá, que en aquella temporada frecuentaba el trato de Moreno, por haberle éste confiado la administración de su casa de la Cava, se presentó dispuesto á llevarle todo el contenido de las tiendas de Madrid para que escogiese. Panderetas de las más abigarradas, abanicos y algunos cuadritos fueron llegando sucesivamente en todo el transcurso del día, y D. Manuel escogía y pagaba. Aquello le entretuvo agradablemente, y se reía pensando en la felicidad que iba á repartir entre sus amistades londinenses. «Esta suerte de picas con el caballo pisándose las tripas está pintiparada para las de Simpson, que son tan marimachos. Esta pandereta, con la chula tocando la guitarra, para *miss* Newton. Si ella viera los originales, ¡qué desilusión! Esta pareja del andaluz á caballo y la maja en la reja pelando la pava, para la sentimental y romancesca *mistres* Mitchell, que pone los ojos en blanco al hablar de España, el país del amor, del naranjo y de las aventuras increíbles... ¡Ah! Este D. Quijote, reventando á cuchilladas los cueros de vino, para el amigo Davidson, que llama á D. Quijote *don Cuiste*, y se las tira de hispanófilo... Bien, bien. De cacharros estamos tal cual. Estos botijos son horribles. Toda la cerámica moderna española no vale dos cuartos. A ver, Plácido: ¿serías tú capaz de buscarme un vestido de torero completo?... Lo